



*Título de la obra:*  
*In Espacios*

*Autor:*  
*Julio Parra*

*Técnica:*  
*Óleo sobre tela*

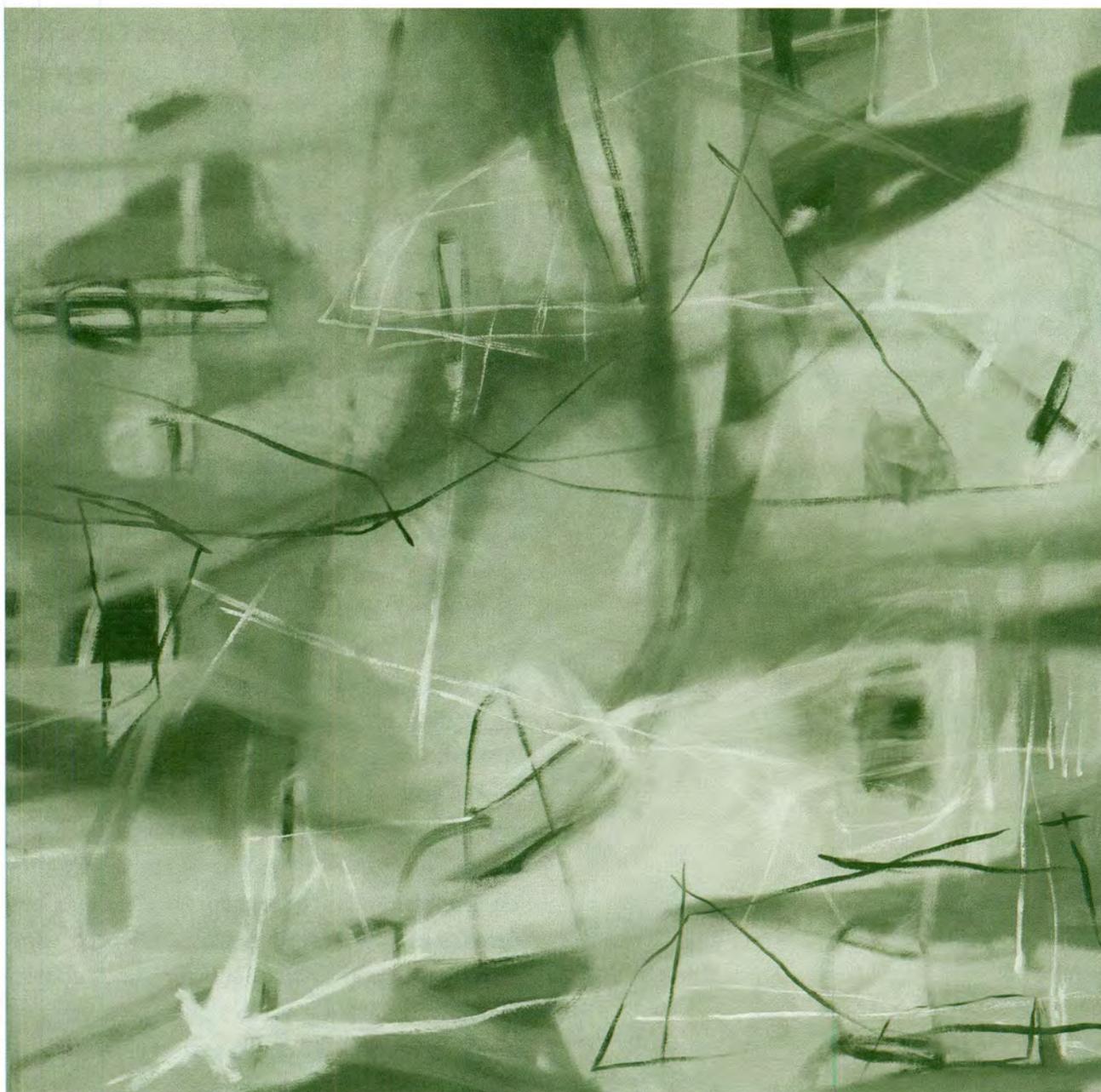
*Año:*  
*2004*

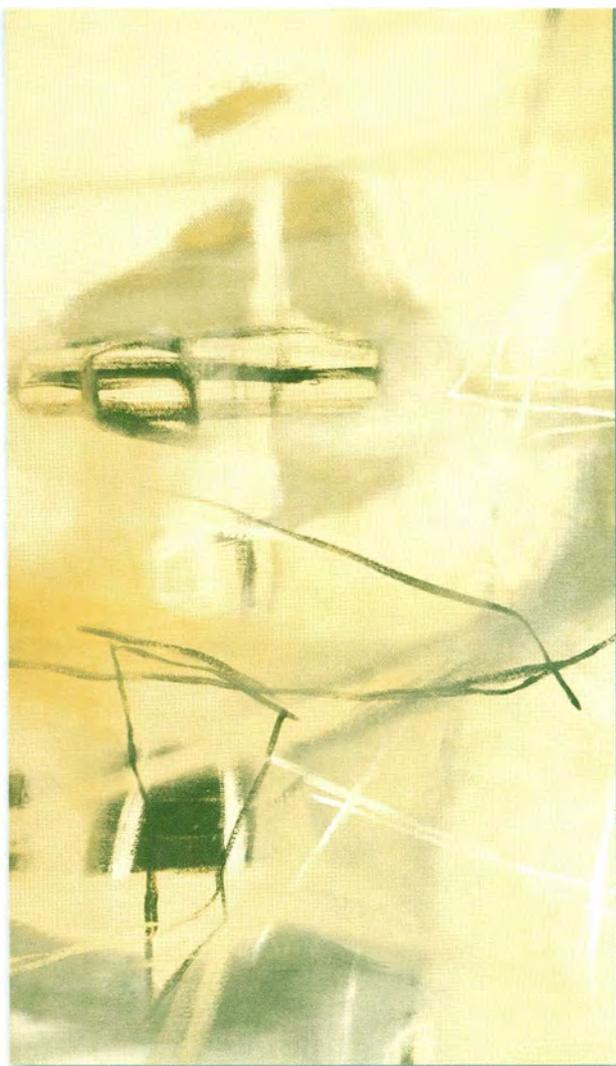


Mons.  
**GUY- REAL  
THIVIÉRGE**

*Presidente*  
Federación Internacional de  
Universidades Católicas  
París - Francia

LA UNIVERSIDAD CATÓLICA  
EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO:  
**UN ROSTRO,  
UN SERVICIO**





## Introducción

Las autoridades de la Pontificia Universidad Bolivariana me han invitado a hablar de la significación y del alcance de la palabra *católica* en la oferta de formación promovida por las universidades de orientación cristiana. Es éste uno de los temas a los que doy más importancia, puesto que lo vivo e intento hacerlo vivir: lo hice, en primer lugar, como profesor y, posteriormente, como Secretario General de la Federación Internacional de Universidades Católicas, a la que sirvo desde hace muchos años. He tenido ocasión de constatar, un poco por todas partes del mundo, la convergencia de los esfuerzos y de los compromisos consentidos con una gran generosidad por las universidades católicas en este sentido. Por doquier se plantea, de una forma o de otra, una cuestión crucial: ¿cómo se construye auténticamente el Hombre? ¿Qué propone la universidad católica al respecto?

Por otra parte, debo confesar también que mi conocimiento del tema es un conocimiento siempre circunscrito, a buen seguro imperfecto, hasta tal punto que no tengo hoy ni la ambición ni la capacidad de tratar sobre el conjunto de la universidad católica a este respecto; lo que pretendo más bien es proponer algunas pistas de análisis a partir de mi experiencia y de las que he podido observar a mi alrededor. Me alegro que estas reflexiones se inserten en el marco más global del «humanismo cristiano», que debe encontrar en la universidad católica un espacio privilegiado de eclosión, de consolidación y de irradiación. En consecuencia, estoy aquí con ustedes esta mañana esencialmente para compartir una visión de la educación, unas convicciones, para recibir tanto como para aportar, según la regla de la conversación y del diálogo que nos unirán a lo largo de este encuentro.

## La universidad católica: una realidad bien viva

El primer hecho que quisiera subrayar, en el punto de partida de este encuentro, es que la universidad católica no es una construcción teórica, sino una realidad bien viva y que, en virtud de ello, forma parte plenamente de nuestro mundo contemporáneo.

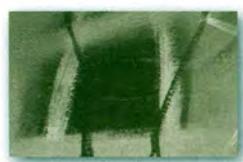
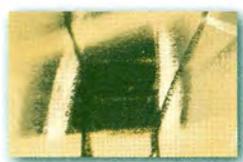
En efecto, nuestras universidades católicas están presentes y se muestran activas en una gran cantidad de países y, a menudo, de una manera **significativa**. Doscientas quince de ellas, las más importantes desde el punto de vista local e internacional, están afiliadas a la FIUC, pero el número de centros católicos de enseñanza superior en todo el mundo supera ampliamente esta cifra y se acerca a los mil ochocientos, según las últimas estadísticas de la Congregación para la Educación Católica.

Esta presencia se expresa en las condiciones culturales e institucionales más diferenciadas: en los llamados países ricos –Estados Unidos, Canadá, Japón, Europa (Central y del Sur)–, pero también en los países en vías de desarrollo, especialmente en América latina (¿qué podemos decir de la prestación colombiana a este respecto?) y en Asia, en las sociedades de **tradicón** cristiana, pero también en países donde dominan otras confesiones religiosas: Indonesia, Líbano, Japón, etc. En algunos casos, se benefician ampliamente del reconocimiento, y

hasta de la ayuda económica pública, como en Bélgica y en los Países Bajos, en una medida mucho menor en Francia, pero conocen también, por el contrario, situaciones de pobreza acusada, y hasta de marginalidad, en África y en ciertos países de la Europa del Este, especialmente en Ucrania y en Eslovaquia, por no citar más que estos dos casos.

Esta familia tan variada de universidades católicas no cesa de crecer. De manera particular en los países en vías de desarrollo, pero también en los países industrializados. Crece mediante la creación de nuevas instituciones y mediante el desarrollo y la consolidación de las que ya existen. Y sobre todo, lo que siempre me sorprende es que por todas partes se va afirmando una conciencia más vigorosa de la misión específica de la universidad católica, de sus objetivos y de sus exigencias, con una voluntad afirmada de identificar mejor y de vivir cada vez más su plena vocación de universidad católica (Estados Unidos, India).

Sabemos por experiencia, tanto en Colombia como en Europa, que la existencia y a *fortiori* el desarrollo de una universidad católica constituyen una tarea difícil y un desafío cotidiano. Los problemas académicos y financieros que se plantean, tanto en las instituciones seculares de Europa como en los nuevos centros que se crean cada año, son considerables y no podemos superarlos más que gracias a una convicción vigorosa, profunda y ampliamente difundida del *sentido* y de la *importancia de la misión*



que nos ha sido confiada. Permítanme pensar que son estas convicciones las que, en el seno de situaciones radicalmente contrastadas, alimentan las mismas generosidades, los mismos compromisos y engendran, por encima de los contrastes, una pertenencia común a una familia espiritual de universidades. Eso es lo que puede apreciar cada uno de nosotros cuando se reúne con otros responsables de universidades católicas, especialmente en ocasión de nuestras reuniones de la FIUC, de las reuniones de la ODUICAL o de algún Congreso como el que nos reúne hoy aquí.

Es en estas convicciones en las que querría ahondar con ustedes, invitándoles en cierto modo a realizar un viaje íntimo al corazón de nuestras universidades católicas. Por encima de sus realizaciones y de su dinámica, ¿cuál es el *primummovens* (el motor), cuál es el sentido de su compromiso y de su acción?

## ¿Qué significa el binomio «universidad-católica»?

Para responder a esta pregunta, no voy a partir de consideraciones teóricas, sino de nuestra experiencia común. Todos nosotros estamos comprometidos como profesores, como investigadores, como administradores, como estudiantes, en alguna universidad católica. ¿Qué pueden significar para nosotros y para el mundo de hoy el sustantivo «universidad» y el adjetivo «católica», y sobre todo el hecho de unir el uno al otro?

*A priori*, significa que reivindicamos al mismo tiempo: la ambición de ser plenamente universitarios y el hecho de asumir esta ambición en fidelidad a una inspiración cristiana y a una

pertenencia institucional a la Iglesia católica. Digamos que pertenecemos al mismo tiempo a la sociedad civil en su servicio de producción y de difusión del conocimiento, pero también a la Iglesia. Y pretendemos servir a ambas lealmente. Nos situamos en cierto modo en su interfaz, en su punto de encuentro, que puede ser de divergencia o de convergencia, de enfrentamiento o de diálogo. Ésa es nuestra situación de principio. Con todo, aún tenemos que ver si se trata verdaderamente de una realidad y no sólo de una yuxtaposición de términos; lo que significaría que constituiríamos o bien universidades que no tendrían de católicas más que el nombre, o bien centros con finalidades religiosas y eclesiales, pero que llevarían abusivamente el título de universidad.

La cuestión no es vana, y la experiencia muestra bien que ambas hipótesis no son casos de Escuela: o sea, una universidad que no tiene de católica más que el nombre o una institución religiosa que no tiene de universidad más que el nombre. Creo, sin embargo, que, en la mayoría de las situaciones, estos casos extremos están afortunadamente superados y que se puede ser verdaderamente universidad católica con una fidelidad plena, aunque original, tanto a la sociedad civil como a la Iglesia. Para convencernos de ello, les invito a profundizar, sucesivamente, las dos dimensiones de esta interfaz: nuestra presencia, no sólo como universidad, sino como universidad católica en la sociedad civil, y nuestra presencia, no sólo como institución católica, sino como universidad católica en la Iglesia (*Ex Corde Ecclesiae*). Nos encontramos en el corazón de nuestra identidad, en un diálogo a la altura del hombre y a la altura de Dios, arraigada en la fecundidad de nuestro pasado y, en virtud de ello, portadora de riquezas para construir el futuro.

## Universidad católica y sociedad civil

Antes de preguntarnos por el papel de la universidad católica, hemos de recordar de modo vigoroso una condición básica a la que nadie escapa: una universidad católica debe ser, en primer lugar, y tan plenamente como le sea posible, una universidad en el sentido cabal de la palabra. Como los otros centros de educación superior y de investigación de nuestros países y del mundo, participamos en esta tarea apasionante que consiste en producir y difundir el conocimiento al nivel más elevado, una tarea que constituye, para nuestras sociedades contemporáneas, el resorte de su dinamismo, la clave de su futuro, el yacimiento esencial de su capacidad de progreso y de renovación. En virtud de ello, somos, junto con nuestros colegas de todo el mundo, los artesanos del futuro. Este trabajo de investigación, de enseñanza superior y de formación, debemos asumirlo con todas sus exigencias en materia de rigor, de seriedad, de honestidad, de adaptabilidad, de apertura a las culturas del medio, a la vida profesional y social.

La fe cristiana en la materia no nos dispensa de ninguna de estas exigencias, bien al contrario. Esta fe no nos aporta ningún método ni re-

“

*Es en el*  
**corazón**  
*de nuestro*  
**trabajo,**  
*no al lado ni*  
*por encima*  
*de él, donde debe*  
**expresarse**  
*el papel*  
**específico de una**  
**universidad**  
**católica.**

”

sultado particular alguno, científico o pedagógico. Debemos intentar hacer nuestro trabajo lo mejor posible, promover incansablemente la calidad de nuestras investigaciones, de nuestra pedagogía (pensemos en todas las nuevas posibilidades de servicios que se abren ante nosotros con las nuevas tecnologías de información), de nuestras modalidades de formación, adaptarnos y responder a las exigencias de la transformación del mundo en los campos de la formación continuada, de la formación fuera del campus en las regiones periféricas, de la formación en todas las etapas de la vida, de los estudios e investigaciones aplicadas, de la apertura internacional a las otras culturas y a las otras religiones, por ejemplo. Todo eso constituye el lote común de las universidades. En él tenemos nuestra parte como los otros y con los otros. Nuestra primera exigencia consiste, por consiguiente, en ser universidades lo más

competentes y más eficaces posibles en nuestro trabajo profesional.

Es en el corazón de nuestro trabajo, no al lado ni por encima de él, donde debe expresarse el papel específico de una universidad católica. ¿Cómo es posible? Para descubrirlo, vamos a partir de una constatación, al mismo tiempo simple y que tenemos a veces tendencia a olvidar: nuestra tarea universitaria no es nun-

ca puramente técnica. En efecto, el hombre o la mujer que se implican en ella no le aportan nunca únicamente sus conocimientos, sino también sus comportamientos, sus valores, su ética, su visión del mundo, su concepción de la vida, sus convicciones.

Esto es particularmente verdad en la enseñanza. Cualquiera que haya enseñado sabe que la pedagogía expresa y transmite la totalidad de una persona: su abnegación y su consagración a los otros, su respeto a la verdad, su concepción de la vida personal, profesional y social. No compartimos sólo los conocimientos y las técnicas, sino también, inevitablemente y de una manera implícita y confusa, los valores y la ética. Podemos y debemos intentar ser siempre lo más rigurosos y lo más objetivos posible, pero nunca somos verdaderamente neutros. Dicho con otras palabras, la pedagogía no es inocente. Nunca se puede apartar al hombre o a la mujer universitaria del trabajo de formación que le absorbe.

Todo esto, aunque menos aparente, afecta igualmente a la investigación. No es sólo el técnico, sino también el ser-humano-investigador (mujer u hombre) el que elige su campo de investigación en función de criterios que no son únicamente de orden intelectual. Este ser-humano-investigador puede y debe sopesar los pros y los contras en la utilización de los resultados de su trabajo. En ciertas disciplinas, de modo particular en el campo de las ciencias humanas, el ser-humano-investigador llega a introducirse en el interior del proceso científico; puede transformar de una manera sutil la hipótesis en postulado o bien unos resultados precarios y parciales en afirmaciones generales y definitivas. A esto debemos añadir que la elaboración del conocimiento es infinitamente mayor que un acto

de carácter técnico. Exige humildad, apertura y paciencia; se arraiga, como toda actividad humana, en un universo moral, ético. Y no es un azar desafortunado que esta ética esté bien presente en el corazón del proceso intelectual del ser-humano-investigador. Esto se debe a que la exigencia ética es la manifestación de una llamada que procede de lo más profundo del alma humana, que constituye en sí misma como la huella de su vocación. Esta vocación es la que confiere al ser humano su eminente dignidad, que exige que sea tratado siempre y en todas partes como un fin, nunca como un medio.

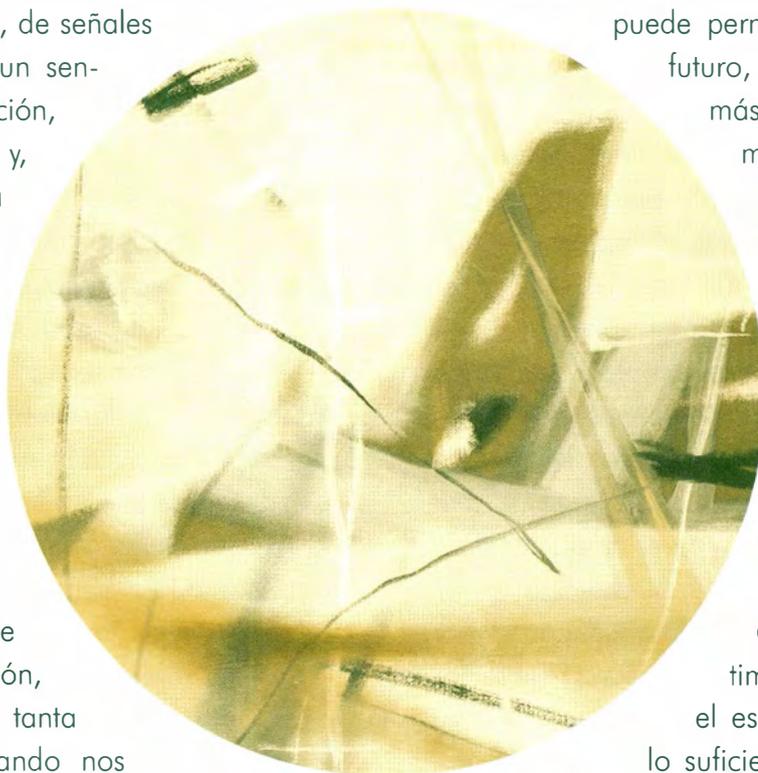
Este proceso ético es algo que nunca podemos evacuar. Voy a tomarme la libertad de añadir que su explicación, su clarificación, su fortificación son particularmente importantes y urgentes para el mundo contemporáneo; ¿no serían también tareas esenciales de la misión de la universidad católica? Me complace subrayar aquí dos rasgos de nuestro entorno: la saturación cultural y la apertura al futuro.

La saturación cultural está ligada a la acumulación de informaciones, a la difusión masiva y permanente de todas las opiniones, a las incitaciones incesantes de la carrera por poseer y a la competición en el seno de una sociedad de abundancia, en todo caso por cierto número de personas. Todo eso acapara prácticamente las energías, invade y satura el campo cultural, donde se vuelve difícil detenerse, guardar silencio, discernir lo esencial, apreciar fuertemente esas cuantas alegrías simples y grandes que dan relieve a la vida: la alegría de comprender, la alegría de admirar, la alegría de amar y de ser amado. En semejante mundo saturado, atropellado, trivializado, desestructurado, anónimo, nosotros mismos y nuestra juventud, y todavía más nuestros estudiantes, tenemos una terrible

necesidad de balizas, de señales de emergencia, de un sentido, de una dirección, para darle a la vida y, sobre todo, a nuestra vida. ¿No es también éste uno de los papeles fundamentales que debe desempeñar la universidad católica con su población estudiantil?

Esta necesidad de balizas, de orientación, las percibimos con tanta mayor agudeza cuando nos preguntamos lo que nos reserva el futuro. Las mutaciones tecnológicas y científicas, pensemos en la ingeniería genética, mutaciones culturales, sociales y económicas que acontecen en todos los ámbitos, son tan radicales que podemos imaginar *a priori* tanto lo peor como lo mejor. El porvenir está abierto tanto en positivo como en negativo. Esto puede ilustrarse de diferentes modos: en la economía, desempleo masivo y pobreza o acceso de la gran mayoría a una civilización de tiempo libre; en la sociedad globalizada, solidaridades internacionales más fuertes o, por el contrario, repliegue nacionalista y proteccionista; en las ciencias médicas, mejora del servicio para la persona y el cuerpo o, por el contrario, deslizamiento hacia el eugenismo, la eutanasia, riesgo de estallido de la célula familiar.

Un futuro abierto, que nadie puede predecir con seguridad, es cierto, pero sobre el que no podemos decir más que una cosa: sólo un aumento de conciencia y de determinación ética



puede permitirnos dominar este futuro, orientarlo, ponerlo más al servicio del ser humano, de todo el ser humano, de todos los seres humanos. Y este crecimiento ético, que se basa en último extremo en el sentido de la vida, sabemos unos y otros que no es la ciencia por sí sola la que podrá aportarlo. Tengo la íntima convicción de que el espíritu científico no es lo suficientemente fuerte para perforar el secreto de su propio destino.

Hace falta otro poder, otra dimensión, otro orden, otra fuente. ¿Cómo podrían olvidar los universitarios católicos situados en las primeras líneas de combate por el futuro este inmenso desafío, siendo que se encuentra en el corazón de la vida, de su vida de educadores cristianos? No tengamos miedo de afirmarlo alto y fuerte: la vocación de la universidad no es únicamente la ciencia, también es la sabiduría. Ésa es la razón por la cual, más allá de la formación de excelentes profesionales, debemos preocuparnos también por formar integralmente a hombres y mujeres responsables, al servicio de sus respectivos medios y de la humanidad, tal como nos enseña la *Gravissimum Educationis*.

Vocación a la sabiduría. Empezamos a percibir lo que debe constituir la especificidad de la universidad católica y de su servicio a la sociedad. La universidad católica constituye una de las vías de naturaleza institucional que favorecen la expresión de esta vocación a la sabiduría.

Y digo bien: una de las vías, porque nosotros no poseemos ningún monopolio en la materia, y muchos otros educadores de buena voluntad, alimentados por otras convicciones filosóficas y religiosas, pueden compartir esta preocupación y esta determinación ética. Al respecto, permítanme introducir aquí dos precisiones que me parecen útiles para los medios en que nos movemos. La primera: estos valores y esta visión ética adquieren, para los cristianos, a la luz de su fe, un arraigo, una fuerza, una perspectiva absolutamente particular, y a la que, como cristianos, no podemos dejar de estar atentos. Esto es verdad para todo cristiano, sea cual sea su compromiso profesional y tanto si depende, por ejemplo en el caso de los profesores, del sector público o del sector privado. Segunda precisión: una institución cristiana, en nuestro caso la universidad católica, tiene un mérito muy concreto; así es, a partir del momento en que se afirma una pertenencia cristiana, nos sentimos necesariamente estimulados, interpelados tanto desde el interior como desde el exterior, con el fin de explicitar mejor y vivir mejor lo que implica esta pertenencia.

Se abre ante nosotros, por lo tanto, una posibilidad y, en consecuencia, una oportunidad que debemos aprovechar. En realidad, no se trata ni de una garantía ni de una certeza. Todavía es menester que la universidad católica trabaje concretamente de una manera incansable para asumir esta vocación a la sabiduría en su ámbito.

## ¿Qué pasa en las universidades católicas?

¿Es esto lo que pasa en las universidades católicas? La respuesta a esta pregunta no es nunca definitiva, aunque son muchos los indicadores que dan testimonio del esfuerzo emprendido en este sentido. Es preciso subrayar, en el ámbito de la enseñanza por ejemplo, el espacio otorgado a la explicitación de proyectos educativos que no limiten su ambición a la adquisición de conocimientos, sino que integren asimismo la formación de los comportamientos y el despertar de las preocupaciones éticas. Esto se expresa sobre todo por el afán de alertar a todos los estudiantes, incluidos los que no comparten la fe cristiana, sobre las dimensiones no técnicas de la vida profesional, sobre los grandes problemas de la vida en sociedad, sobre los retos culturales y sociales, sobre la importancia de opciones éticas claras. Y por otra parte, aquellos que, libremente, deseen ahondar en su fe y vivirla más intensamente en la comunidad universitaria, pueden encontrar respuesta a sus expectativas en las unidades de valores ofrecidas por el sector de la teología o de las ciencias religiosas, o en las diferentes modalidades de animación espiritual dispuestas por las capellanías.

Me van a permitir llamar su atención en este punto. Estamos en la universidad católica y me parece esencial subrayar con énfasis que el corazón de nuestra misión universitaria católica

es también, y tal vez de modo prioritario, abrir el diálogo entre la fe, la ciencia y la cultura. No podemos limitar nuestra actividad apostólica universitaria exclusivamente a las prácticas sacramentales que, por otra parte son importantes. Éstas son esenciales, sin lugar a dudas, pero nuestra responsabilidad como universitarios católicos nos impone asimismo recurrir a todo para favorecer el contacto sistemático de todos nuestros estudiantes con la magna tradición intelectual cristiana, a fin de abrir también el diálogo con las ciencias y las culturas, para comprender mejor, por ejemplo, las mutaciones actuales del hecho religioso y de las otras religiones. Para llevar esto a cabo, la práctica de la interdisciplinariedad y los encuentros entre facultades se convierten en ámbitos privilegiados para ahondar en la riqueza de nuestras pertenencias y de aprendizaje del respeto a las diferencias que tejen el rostro de nuestras sociedades. El papel privilegiado de nuestras facultades de teología y de ciencias religiosas se vuelve central en el conjunto de este ejercicio marcado por la «conversación», dado que encuentran así su verdadera irradiación académica y espiritual en el seno de la universidad católica.



Una vez aportada esta precisión, vuelvo de nuevo a esta vocación a la sabiduría que está presente asimismo en el mundo de la investigación. El desarrollo que han experimentado las investigaciones interdisciplinarias sobre los grandes problemas de lo Humano en todos los campos y sobre las sociedades de hoy lo atestiguan de una manera elocuente. Es reconfortante constatar, por ejemplo, que las universidades católicas han llevado a cabo, en materia de bioética o de ética económica y social, una obra de pioneros y ejercen en estas materias una presencia y una influencia particularmente marcadas en su medio. Más allá incluso de la enseñanza y de la investigación, es, en definitiva, toda la vida de los centros la que se encamina a dar testimonio de esta vocación a la sabiduría inspirada por la fe cristiana, tanto si se trata del rigor y de la honestidad a todos los medios exteriores y especialmente a los más pobres, como de los compromisos concretos que asumen a este respecto las asociaciones y los equipos apoyados por las universidades católicas. Por último, desde la dirección del Centro Coordinador de la Investigación de la FIUC, he podido observar, desde hace ya más de quince años, la inmensidad de las competencias, el coraje y la disponibilidad de las universidades para con los medios, a menudo desfavorecidos, a los que desean servir, local e internacionalmente. Se comprometen con otras instituciones, de un mismo país o de otros países, en el análisis de problemáticas científicas, sociales o de otro tipo, cuyos resultados contribuirán al desarrollo y al bienestar de las poblaciones.

Todo eso es, por supuesto, desigual, imperfecto, siempre en progreso e incesantemente puesto en tela de juicio. Ahora bien, ¿no es ésa la vía habitual que sigue el itinerario del Espíritu? Y si estos diferentes signos se multiplican y se refuerzan, no podemos ver en ello una simple casualidad, sino la obra de una conciencia más fuerte y más precisa de lo que significa e implica la especificidad de una universidad católica. Cuando examinamos a todos los niveles (regional, nacional e internacional) el contenido de los encuentros entre los responsables de las universidades católicas, es esta preocupación la que emerge con toda claridad hoy más que ayer, y la que se expresa en los informes, los intercambios, las propuestas concretas de colaboración. Ésos son algunos de los rasgos del protagonismo de nuestras universidades católicas respecto a la sociedad civil.

La ciencia necesita, hoy más que ayer, una «razón de ser», para servir a la humanidad de una manera eficaz. Y tanto los hombres como las mujeres que practican esta ciencia, necesitan también dar un «sentido» a sus enseñanzas y a sus investigaciones. Es oportuno y fecundo para la sociedad que aquellos que participan de una misma visión cristiana del ser humano y de su destino, puedan encontrarse explícitamente en el seno de una universidad católica para trabajar juntos en esta búsqueda del «sentido», iluminados y estimulados por su fe. Lo harán sin caer ni en el dogmatismo ni en el exclusivismo, sino con convicciones. Tal como escribió Juan Pablo II en la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, la tarea privilegiada de la universidad católica es «unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad».

## Universidad católica y servicio eclesial

El servicio que prestamos a la sociedad civil no constituye, evidentemente, la única dimensión de nuestra especificidad como universidad católica, ni de nuestro papel en el mundo contemporáneo. Situados como estamos en la interfaz de la sociedad civil y de la Iglesia, asumimos



igualmente un servicio eclesial. Este servicio es esencial, a la vez, para nuestra identidad y para la tarea que asumimos en el mundo de hoy. Al contribuir a dar a la Iglesia un cierto grado de apertura, de capacidad, de evolución, de rigor y de credibilidad, asumimos, a buen seguro, un servicio eclesial, pero también, a través de ella, un servicio al mundo contemporáneo.

¿Cuáles pueden ser, por lo tanto, el sentido y el contenido de esta segunda dimensión de nuestra especificidad y de nuestra misión: el servicio eclesial en una universidad católica?

Voy a tomarme la libertad de precisar ense- guida que no puede tratarse, en mi pensamien- to, de una categoría de actividades completa- mente diferenciada de las otras, en cierto modo yuxtapuesta, incluso tabicada, respecto a ellas. Es mediante el conjunto de nuestros trabajos como estamos, a la vez, al servicio de la so- ciedad y de la Iglesia. Dar más profundidad y difundir la cultura religiosa constituye claramen- te una aportación a la calidad de la sociedad civil y, recíprocamente, reflexionar siguiendo la inspiración de la fe y de la magna tradición in- tellectual cristiana sobre los grandes problemas humanos y éticos de nuestro tiempo constituye un servicio muy precioso de testimonio y de pre- sencia que prestamos a la Iglesia. Comprende- rán, por consiguiente, que aquí se trata mucho más de describir dos finalidades que dos cate- gorías distintas de actividades.

En primer lugar, el servicio eclesial. Lo evo- caba hace un instante mediante el conjunto de nuestras actividades de enseñanza y de investi-

gación desarrolladas según el espíritu y con las exigencias que hemos descrito anteriormente. Se trata aquí de un elemento esencial de la pre- sencia de la Iglesia en el mundo. «Unir la luz de la Revelación al saber humano para iluminar el camino recientemente emprendido por la hu- manidad», nos enseña la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* (33). Ésa es la vocación de todo cristiano y en particular la de una institu- ción cristiana universitaria. Vivimos en unas so- ciedades donde el nivel y el contenido de los conocimientos crecen y se renuevan incesante- mente. Ni la fe ni las comunidades cristianas pueden permanecer extrañas a esta evolución. Su credibilidad está en juego, y el simple hecho de la calidad técnica de nuestras enseñanzas y de nuestras investigaciones constituye ya de por sí un elemento apologético importante, y mues- tra que los cristianos, los universitarios católicos, están presentes y muy comprometidos en la evo- lución del mundo.



Este servicio de presencia y de testimonio no es el único. Yendo más al fondo, la fe está interpelada por las mutaciones científicas, tecnológicas y culturales. Su contenido y, a *fortiori*, el contenido de sus implicaciones éticas, ni es intemporal ni está desarraigado. Se explicita y se vive por unos hombres y unas mujeres, en unas sociedades insertadas en una época y en unos lugares determinados, marcados por un estado de los conocimientos y un tipo de cultura. Por consiguiente, es fundamental inculturar la fe, es decir aprenderla, es decir comprenderla, asimilarla, concientizarla, reformularla en función del Evangelio. Para ello, es preciso trabajar sin descanso, ante todo durante los períodos de mutación radical de los conocimientos y de la cultura. Ahí se encuentra el segundo aspecto de nuestra vocación: llevar a la Iglesia y a la comunidad cristiana las aportaciones y las problemáticas ligadas a la evolución científica y cultural. Ninguna sociedad puede prescindir de la formación y de la investigación. Esto también es verdad referido a la Iglesia y en este aspecto tenemos que prestarle también un servicio considerable en materia de investigación científica y de formación teológica, ética, filosófica. Esto, por supuesto, en vinculación con las diferentes disciplinas, especialmente con las ciencias humanas, cuyos aportes pueden ser preciosos. Permítanme compartir hoy con ustedes otra de mis convicciones profundas: el pensamiento de la Iglesia, su tradición de ayer, la de hoy y la de mañana, también se elabora en la universidad católica.

Nuestras universidades deben ser, por consiguiente, verdaderos «laboratorios de Iglesia» que estimulen y enriquezcan la profundización, la explicitación, la inculturación de la fe, es decir su fase de concientización justa y definitiva. Tenemos aquí una apuesta fundamental para nuestra comunidad cristiana y para el mundo contemporáneo. Esta tarea debemos ejercerla en todos los ámbitos: local, regional, nacional e internacional, y en función de una variedad de públicos cada vez más amplios.

La universidad católica al servicio de la Iglesia: constituimos en ella un espacio original que es parte constitutiva de la comunidad eclesial, aunque no por ello un dicasterio. Nuestro papel no consiste en participar en la función de gobierno de la Iglesia, sino en su misión de investigación, de educación, de testimonio y de presencia. Para llevarlo a cabo, necesitamos estructuralmente, a la vez, unos vínculos de confiada colaboración con las autoridades jerárquicas, pero también espacios de libertad. La investigación no se puede desarrollar más que en un marco de libertad académica. La manera de combinar estas dos exigencias no siempre resulta fácil de articular. Recibe además, según los países, según las instituciones, unas soluciones estructurales diversas y variadas. Lo esencial es asumir la una y la otra en la fe y en la esperanza, con las tensiones, a veces dolorosas, a menudo creadoras, que puedan implicar. Con todo, hemos de asumir la una y la otra, precisamente porque somos al mismo tiempo plenamente Iglesia y plenamente universitarios.

“  
Ninguna  
sociedad  
*puede* prescindir  
de la  
**formación**  
y de la  
**investigación.**  
”

## Conclusión

Queridos colegas y amigos, al terminar estas reflexiones con las que he intentado compartir con ustedes la experiencia que ustedes mismos, universitarios católicos, me han permitido adquirir con el paso de los años, tengo una clara conciencia de haber sido breve, relativamente breve quizás, en la tarea que ustedes han tenido la amabilidad de confiarme. Habría que decir muchas otras cosas sobre el papel de la universidad católica en el mundo contemporáneo, sobre su doble especificidad como «universidad» y como «católica». He querido compartir con ustedes una visión, la mía y la de muchas otras personas, y una certeza: la del interés y la importancia de la universidad católica hoy más que nunca.

Nuestras universidades católicas sólo se vuelven cada vez más ellas mismas cuando en ellas domina una convicción, un espíritu, una palabra: cuando tienen un alma, y todo ello asumido desde el interior de sus muros por verdaderos equipos y comunidades cristianas. No cabe duda de que sería ilusorio, e incluso tal vez no fuera la mejor solución, creer que sólo es posible encontrar militantes y santos en las universidades católicas. Debemos permanecer abiertos, atentos al itinerario de las personas, a condición de que cada uno sepa bien quiénes somos y acepte respetar nuestra identidad. Es importante que todos los agentes de la universidad católica –laicos, sacerdotes, religiosos,

religiosas– puedan reunirse en determinados momentos para tomar conciencia, a través de la reflexión y de la oración, de que llevan juntos la esperanza, la ambición y la exigencia de su tarea.

Al terminar, les voy a entregar este magnífico pensamiento de Teilhard de Chardin, que, a mi modo de ver, resume admirablemente la perspectiva de nuestras universidades católicas: «¿Por qué, hombres de poca fe, hay que temer o rechazar el progreso del mundo? ¿Por qué multiplicar imprudentemente las profecías y las prohibiciones?». «No tengáis miedo». Probarlo todo por Cristo, por el Evangelio, no tener miedo a poner al ser humano en el corazón del mundo. Ésa es la verdadera actitud cristiana. Divinizar no es destruir, sino sobrecrear (supercrear). No sabremos nunca todo lo que la encarnación espera todavía de los poderes del mundo. Todo lo que espera todavía de cada uno y de cada una de nosotros, de nuestras instituciones. Nunca esperaremos bastante de la creciente unidad humana. A través de estas apasionantes tareas de encarnación, de sobrecreación, es como, juntos, en cuanto universitarios católicos, estamos comprometidos. Gracias a este magnífico proyecto, la universidad católica es un lugar donde el presente y el porvenir tendrán siempre un futuro.

Muchas gracias por su atención y por su benevolencia

*París, 19 de enero de 2011*

